

Glauco (8); celebrar fiestas á la antigua usanza, sacrificando un macho cabrío, y bajo pretesto de restaurar el crédito de Platon, profesar doctrinas impías ó teúrgicas. Todas estas cosas, frívolas bajo algunos conceptos, traen consigo muy sérios resultados. Es cierto que Paulo II gastó mucho para desenterrar antigüedades. Amó las artes y se mandó hacer una tara de valor de cincuenta mil marcos de plata (275,000 pesetas). Consiguió formar una liga de todos los potentados de Italia, para mantener la independencía de cada uno de ellos. Los príncipes de Este, que ya habian obtenido del emperador los ducados de Módena y Reggio, alcanzaron del papa el título de duques de Ferrara, é hizo que tomara asiento entre los cardenales Borso de Este, á quien regaló la Rosa de oro. Ya no se trataba de proyectos de reforma para la curia romana; y mientras se ahuyentaba cada vez más la idea de convocar un concilio, se prodigaban encomiendas, promesas y otros abusos lucrativos.

Sixto IV (Francisco d' Albescola de la Rovere), cuya política incierta y desleal hemos visto tanto en Nápoles como en Florencia, dejó todavía peor renombre que Paulo II. «El fué el primero que comenzó á demostrar á cuanto alcanzaba el poder de un pontífice, y de qué manera, mil cosas tratadas antes de errores, podian ocultarse bajo la autoridad pontificia (MAQUIAVELO).» Trató de armar á la cristiandad contra los turcos; pero solo consiguió quitarles Esmirna y espulsarles de Otranto. Los manebos de quienes se rodeaba, hicieron que se hablara mal de sus costumbres. Manifestó estremado vigor en las guerras que se encendieron entre los Colonna y los Orsini, y pasó la ciudad á sangre y fuego. Beneficios, obispados, principados, dignidades, empleos, llovieron sobre los Riario y los Rovere, sus sobrinos. Rafael Sansoni, nombrado cardenal á los diez y siete años, llevaba en pos de sí una comitiva de diez y seis obispos: el inepto Pedro Riario, legado de toda la Italia, tenia una corte de más de quinientas personas. Para Gerónimo Riario fundó Sixto IV el señorío de Imola y preparaba otro más importante en la Romaña; pero hallando un obstáculo á este proyecto en los Médicis, se asoció á la conjuración de los Pazzi, y castigó con escomuniones á Lorenzò, porque no habia dejado que le dieran muerte los conjurados. Sixto IV halagó á Venecia mientras tuvo esperan-

(8) El nombre que le dieron de algun santo
O de un apóstol, al echarle el agua,
Lo mudas en Cosmico ó en Pomponio;
Otros convierten el de Pedro en Pierio,
El de Juan otros en Joviano ó Jano.
ARISTO, *Sat.* VI.

za de que le sirviera de instrumento para su nepotismo ambicioso: luego la abandonó para unirse al rey de Nápoles y al duque de Ferrara, que hacian la guerra á los venecianos, y fulminó contra ellos el entredicho. Sin inquietarse Venecia de la sentencia, citó al papa al futuro concilio, y recuperó después cuando la paz de Bañolo lo que habia perdido, con sus derechos de navegacion en el Pó y la Polesina de Rovigo. «Este ambicioso modo de obrar, dice Maquiavelo, le hizo estimar más de los príncipes de Italia y todos trataron de ganársele por amigo.» El hecho es que aquel nepotismo descarado deshonraba á la Iglesia. El abuso de las censuras les hacia perder todo crédito, y Luis XI envió á intimar al papa con altivez la orden de retirar las censuras fulminadas contra Florencia y convocar un concilio.

Apenas Sixto IV, á quien el mal éxito de sus designios habia llenado de amargura, dió el último suspiro, cuando el palacio de sus sobrinos fué demolido, los granos que habia acumulado fueron saqueados, y los Colonna volvieron á Roma, donde se sostuvieron con las armas en la mano. Esforzaronse los cardenales en prevenir nuevos desórdenes, estableciendo aun una capitulación; pero en lugar de aquellos espedientes siempre eludidos, debieron pensar en hacer una nueva eleccion. Dinero y promesas la hicieron recaer en el genovés Juan Bautista Cibo que tomó el nombre de Inocencio VIII, á quien los pasquines declararon llamarse Padre con razon. Embelleció á Roma, castigó á algunos falsificadores de bulas, pero se dejó gobernar por su sobrino Francisco Cibo, que se enriquecia concediendo, mediante grandes primas, la impunidad á los bandidos de que Roma era una guarida. Creó Inocencio por sugestion suya varios empleos; y los que los compraban á alto precio se indemnizaban traficando con las gracias apostólicas.

Considerando Venecia al clero como dependiente del gobierno, habia hecho siempre los nombramientos para los beneficios y dignidades. Inocencio, que queria atraer á sí la eleccion de las sillas de Pádua y Aquilea, se opuso entonces á ello, así como á los derechos del diezmo exigidos sobre las fundaciones venecianas. Combatió con ayuda de una política tortuosa la perfidia de Fernando I de Nápoles, y descuidó los negocios eclesiásticos. El deseo de prolongar los días que los antiguos pontífices prodigaban con santa generosidad, le hizo recurrir á todos los medios, hasta hacer pasar á sus venas la sangre de tres niños. De esta manera es como los papas, siendo cada vez menos dignos de la tiara, preparaban el azote que estaba ya próximo; pero nos detendremos antes de llegar á hablar de un pontífice cuya memoria está todavía más manchada.

CAPÍTULO XXII

CONDICIONES DE LA ITALIA.—COSTUMBRES.

Las innumerables señorías en que se habia fraccionado la Italia se encontraban desde entonces reducidas á algunas que contrabalanceándose impiden á una prevalecer sobre las demás y reducir al país á monarquía. Ya hemos visto formado varias veces este proyecto, y fracasar por la oposicion de los demás Estados, y sobre todo por la de los pontífices. Presentaban los papas un poderoso obstáculo, aunque no fué el único, á la reunion de aquella hermosa comarca en un sólo Estado, porque no pudo operarse ni antes que dominasen allí, ni cuando se encontraron despojados de su patrimonio, como sucedió en tiempo de Ladislao y de Napoleón I (1). La causa de la division de los italianos es, pues, más profunda que lo que se cree, y es de sentir que la península no haya sido subyugada entonces por algun príncipe para ser reducida por la fuerza á aquella unidad que se impuso á la Francia, á la Inglaterra, á la España; pero seria una injusticia acusar á los antiguos italianos de lo que tal vez era un imposible para ellos, y no era de seguro de ninguna manera apetecible. La idea de la unidad nacional es entre las teorías sociales la más difícil de concebir, y la última que reciben los pueblos; porque exige un trabajo grande de inteligencia, el sacrificio de toda prevención, y la estirpacion de arraigadas injusticias. Además, la semejanza de raza no basta á determinar por su bien á un pueblo á permanecer unido á otro, y hechos recientes lo atestiguan.

(1) El poder temporal de los papas era entonces muy débil; y Maquiavelo dice que «comenzando desde Alejandro IV, los potentados italianos, no sólo los que se llamaban así, sino todo barón y señor, por pequeño que fuese, hacian poco caso de la Iglesia con respecto á lo temporal.»
Del príncipe, XI.

Las fuerzas de los diferentes Estados se encontraban de tal manera equilibradas, que cada uno de ellos estaba imposibilitado de someter á los otros. Existian en la Lomhardía la Romaña y el reino de Nápoles, multitud de nobles que «además de que tenian una vida ociosa, provistos de todo en abundancia, con los productos de sus propiedades, mandaban plazas fuertes y tenian súbditos á su obediencia,» (2) formando otras tantas soberanías dispuestas á unirse contra el que quisiera subyugarlas, y á suscitarle tantas guerras como castellanos habia.

De consiguiente, sólo hubiera podido realizarse esta unidad ideal por medio del despotismo, que aboliendo la diversidad de costumbres, usos, privilegios, y derribando cuanto sobresalia, hubiera hecho pasar por encima de todos el rígido nivel de la obediencia. Entre tanto los pueblos sufren, la esclavitud inspira indignacion y muestra más claramente las ventajas de la libertad, hasta el punto de parecer leyes cualesquiera sacrificios con tal de obtenerla, y por último, á la igualdad ante un señor sucede la igualdad ante la ley.

Los diferentes Estados formaban diversas unidades, de manera que destruir á uno hubiera sido un homicidio, como abolir una vasta monarquía. ¿Qué dirian los publicistas si alguno propusiese en el día someter Nápoles, á los reyes de Toscana? ¿No oimos todos los días las quejas de Génova y Venecia? (3) El Portugal poblado con tres millones de habitantes, podia ser incorporado á España, cuyos naturales han tenido el mismo origen que el suyo y sufrido las mismas vicisitudes.

(2) MAQUIAVELO, *Décadas*. I, 55.

(3) Yo no podia al escribir esto mencionar todavía las terribles pruebas de 1848.

ahora bien, cuando Napoleón preguntó al conde de Lima en la conferencia de Bayona, si los portugueses querían convertirse en españoles, respondió orgullosamente: No; y fué colmado de elogios por su generoso patriotismo (4).

Esto es lo que debe considerarse para apreciar la oposición de los florentinos ó venecianos á la ambición de los Visconti ó de los príncipes angevinos. Hasta los hombres de Estado del siglo siguiente los proclamaron con elogio, defensores de la libertad itálica. Por otra parte, no había motivos serios para inmolarse su individualidad, cuando la subsistente división no arrastraba peligros para la independencia de la patria; peligros, que por lo demás, no se presentaron sino en tiempo de Carlos Quinto. Sólo la conquista hubiera conseguido reducir el país á la obediencia, pero hubiera hecho desgraciada la generación que la hubiera sufrido, y tal vez estinguiera la vida que tan vigorosa se mostró en el país mientras estuvo desunido (5). Sufrió tanto más la Italia, cuanto que la sociedad se encontraba subdividida, en cada ciudad, en multitud de hermandades y corporaciones, cada una con sus privilegios y una especie de soberanía; hasta el punto de que si Florencia avasallaba á Pisa y Venecia á Pádua, las industrias de la lana y de la seda en las ciudades vencidas se encontraban sacrificadas á los intereses y á la rivalidad de los que se dedicaban á ellas en la ciudad victoriosa.

Debe, pues, ciertamente sentirse que los italianos sufriesen demasiado en su sistema interior la influencia de los antiguos recuerdos, cuando hubiera sido necesario el sentimiento de la actualidad para organizarse, una vez estinguída la energía de los dos siglos anteriores; cuando hubiera sido preciso no aguardar, desunidos, el golpe mortal, con leyes, civilizaciones, constituciones y dialectos enteramente diferentes. Sin embargo, no pretendamos de ellos sacrificios á que los italianos del día sólo se someterían por la fuerza. No traslademos á su época las ideas y deseos de la nuestra; no exijamos que previesen los males que procedentes de otras partes, debían trastornar los cálculos de los hombres de Estado, y engañar los esfuerzos del más valiente. En la vida democrática el hombre concibe una elevada idea de su país y de sí mismo; se espresa sin cortadad en las reuniones, porque no supone que se le desprecie, cuando él no desprecia á los demás; y presta más atención á las ideas y sentimientos de aquellos

(4) De Pradt le vió crecerse diez pies, asegurándose en su posición, llevando la mano á la empuñadura de su espada, y con una voz que conmovió las bóvedas del aposento responder: No.

(5) El mismo Maquiavelo dice que el número de los grandes hombres depende del número de los Estados; á medida que éstos se estinguen los otros disminuyen, con la ocasión de ejercer su capacidad.

con quienes habla, que á su modo de espresarse, y al fondo de las cosas, que á la forma. Toda la literatura de aquel siglo lo atestiguan; y se conoce en ella que los italianos tenían una patria, cuando los franceses no tenían ni aun el nombre (6). Para los que reflexionan, no parece consistir el mal en la falta de unión entre todos, sino más bien en la tenacidad, en querer atraer toda la vida pública hácia un centro único, lo que se ha considerado como muy perjudicial entonces y después. En efecto, perdióse el país cuando se suprimieron todos estos pequeños cuerpos, y se substituyó su vigorosa existencia con una vida artificial y sin color. Mientras duró aquella vida diseminada, no se procuraba la libertad de algunos, sino la independencia de todos; no se trabajaba por señores, sino para sí mismo; la costumbre de las reuniones políticas daba á los ciudadanos la destreza en el manejo de los negocios, y la conciencia de la dignidad personal. El mercader y el cardador de lana podían llegar á ser gonfaloneros y duxes; y como no se admitían privilegios, se tenía cuidado de lo que proporcionaba la ventaja del pueblo, y las escuelas, los hospitales, los hermosos edificios se multiplicaban en todos los lugares.

La igualdad dió nacimiento á una elevada opinión de los privilegios del Estado, opinión que los hace muy superiores á los de los individuos; resultando de ello que se conceden voluntariamente al poder-director derechos hasta peligrosos á la libertad individual. De esta manera es cómo llegaron á establecerse las tiranías. Los príncipes que heredaron la tumultuosa libertad de los condejos, llegando después de haber abatido los privilegios feudales, se encontraron investidos con su poder despótico, así como Napoleón, que llegó después de que la Revolución hizo desaparecer al clero, la nobleza y los ricos propietarios. Dominaron, pues, soberanamente, en nombre del pueblo ó por comisión imperial, dos diferentes formas de un mismo despotismo. La incertidumbre en el orden de las sucesiones aumentaba aun el mal, porque no se podía invocar el principio de la legitimidad con respecto á dinastías recientes y que no estaban reconocidas sino de hecho. Precisados á mantenerse en medio de los enemigos, los tiranos no atendían á los medios, y así era que se podía, aun en las mejores cortes, tomar lecciones de desenfrenadas pasiones y tortuosa política. Los más grandes hombres no eran contenidos ni por el temor ni por la vergüenza, en atención, dice Maquiavelo (7), á que «los grandes hombres se avergüenzan de perder, pero no de ganar con

(6) Tocqueville (*De la Democracia*, II, 117) dice, que no se encuentra la palabra patria en ningún escritor francés antes del siglo XVI.

(7) Se comprende porqué citamos con tanta frecuencia á este escritor: se atreve á decir lo que los demás osaban hacer.

el engaño.» Resultaba algún bien; pero no había instituciones para hacerle duradero: ahora bien, aquel terrible pintor de su época añade: «Los reinos que únicamente dependen de la virtud de un hombre no duran, porque esta virtud falta con su vida, y es raro que se reproduzca en su sucesor. La salvación de una república, de un reino, no consiste en poseer á un príncipe que gobierne con prudencia mientras exista, sino á un soberano que la organice de modo que, muerto él, pueda el Estado sostenerse.»

Las repúblicas no se habían dado instituciones más liberales, y la que se constituyó de una manera más duradera, no lo consiguió sino por la vigorosa tiranía de sus patricios. Pisa, Pistoia, Treviso, la Lunigiana... estaban tan oprimidas por una república como lo hubieran podido estar por un pequeño príncipe, porque las metrópolis, temiendo que se rebelasen, querían que se debilitasen y estuviesen vigiladas, hasta el punto de que la fuerza necesaria en el exterior estaba descuidada, para no pensar más que en la seguridad interior. Como tenían desde su origen una política feudal que proclamaba el derecho de guerra privada y la esclusión del mayor número en favor del más pequeño, sabían acrecentarse por la conquista y no aumentar el número de los ciudadanos, que por el contrario disminuía con la estinción de las familias privilegiadas ó la espulsión de las vencidas; y la autoridad se encontraba de esta manera concentrada en menos manos, así como el interés de conservar el Estado.

Había también varias á quien en el interior no les quedaba más que el nombre de república. Sin hablar de Venecia, Bolonia obedecía á los Bentivoglio, Luca á los Petrucci, Perugia á los Oddi y á los Baglioni, Siena á sus Monti, Florencia á los Pitti ó á los Médicis, Génova á señores siempre distintos. Más celosos de la igualdad que de la libertad, no titubeaban estas ciudades en conferir poderes absolutos á algún magistrado, como los florentinos lo hicieron á Lando de Gobbio: «Le pusieron un estandarte de justicia en la mano, y le dieron autoridad sobre cualquiera que atentase contra los güelfos y el estado presente de las cosas; y aquel barigelo no estaba obligado á observar ninguna solemnidad, pudiendo proceder sin forma alguna de juicio contra los bienes y las personas.» (8).

Su debilidad les impedía además el obrar con un plan determinado y resolución, y acudían á los expedientes antes por necesidad que por elección. Cuando el valor llegó á ser venal, los hombres de corazón noble renunciaron á las armas para entregarse á la política, en la que se mostraron en extremo hábiles. Estraños á los combates, miraron como una cosa absurda esperar de los perances de la guerra cuanto podían adquirir por prácticas bien dirigidas. Así, no fué, pues, sino en virtud de

una deducción lógica, como las repúblicas rivalizaron con los príncipes en fraudes, en asesinatos y en envenenamientos.

¿Divididas así entre ellas, y con intereses tan diferentes, cómo hubiera podido formarse el espíritu nacional?

El que no obstante dedujese de esta incesante agitación las desdichas de los contemporáneos, probaría que no sabe discernir entre las declamaciones del retórico y la realidad de los hechos. Los infortunios de entonces parecían infinitos porque todos son narrados; pues no se había aun caído en ese anonadamiento apático que hace considerar el sufrimiento como una necesidad, como una virtud la ausencia de la queja, y como paz una tiranía que degrada sin atormentar. Había en medio de este movimiento, ocasiones frecuentes de ejercer las fuerzas de su voluntad y de su inteligencia, que es una gran parte de la felicidad. No puede uno menos de asombrarse viendo á los florentinos ocupados en sus almacenes en pesar la lana, en medir telas; pasar desde allí al concejo para experimentar todas las formas posibles de constitución; darse en lo interior magistrados insignes, y fuera embajadores hábiles hasta lo sumo; recibir manuscritos con fardos de mercancías; expedir cartas al tendero y á las personas más doctas; escribir en el libro mayor al mismo tiempo que los créditos, la historia de la patria y del mundo; introducir la partida doble, los números árabes, el algebra.

Crearon los italianos antes que otro alguno la ciencia de la riqueza y de su distribución: midieron el poder de su país y los medios de hacerle prevalecer sobre sus rivales. También antes que nadie concibieron el pensamiento de considerar á toda Europa como un sistema único en que estaban contrapesadas las fuerzas de cada una de sus partes. «Memorias hay de algún dux y de algún podestá de aquel tiempo, dice Blanqui (9), que pueden ponerse en parangón con los mensajes mejor concebidos de los presidentes americanos.» Los florentinos exigían á sus comisionados la formación de detallados informes de los países á donde eran enviados: los venecianos recibían de continuo de sus agentes diplomáticos noticias que todavía nos pueden colocar en disposición de apreciar el poder y la civilización de los diferentes Estados. Según Sanuto, el rey de Francia podía poner en pié de guerra en 1454 tres mil hombres de á caballo, y hasta enviar una mitad más fuera: Inglaterra y Castilla podían levantar igual número de tropas: el rey de Escocia y el de Noruega, diez mil; seis mil el de Portugal; ocho mil el duque de Saboya; diez mil Milan; igual número Venecia, mercenarios todos; cuatro mil Florencia; seis mil el papa; sesenta mil el emperador y ochenta mil el rey de Hungría. El rey de Francia, que en 1414 sacaba dos millones de ducados de sus dominios,

(8) MARCHIONNE DE COPPO, lib. V, año 1316.

(9) *Historia de la economía política*, introducción.

se hallaba entonces reducido á la mitad, y el de Inglaterra de igual número á setecientos mil. Este era el resultado de la guerra, que tambien habia reducido la renta de España de tres millones, á ochocientos mil florines; las de Borgoña, de tres millones á novecientos mil; las de Milan de un millon, á medio (10); las de Venecia de un millon y cien mil, á ochocientos mil; y las de Florencia de cuatrocientos mil á doscientos mil (11).

Cuando se decidió en 1463 que se armaria una escuadra contra los turcos, el duque de Módena se obligó á suministrar dos naves, otra Bolonia, otra Luca, cinco los cardenales y muchas el papa: Venecia prometió dar la chusma y los primeros comitres: además el pontífice, contando con las limosnas de la cristiandad, figuró para los gastos con cien mil florines, Venecia con igual suma, Nápoles con ochenta mil florines, Milan con setenta mil, Florencia con cincuenta mil, el duque de Módena con veinte mil, el de Mantua con diez mil, Siena con quince mil, el marqués de Monferrato con cinco mil, y con ocho mil Luca; total cuatrocientos ochenta mil florines.

¿Cuánto no anuncian la riqueza del pais hasta las mismas guerras? Sin hablar de Venecia y de Génova, donde llegaban á ser príncipes simples ciudadanos, donde los Lescari y los Giustiniani hacian frente al poder otomano, Federicó de Sicilia tuvo cincuenta y ocho galeras completamente armadas; Roberto de Nápoles le atacó con ciento trece, y perdida esta escuadra, fué renovada como por encanto. Podia suceder así en atencion á que los barones del reino tenian obligacion de suministrar cada uno la chusma de una galera; una vez concluida la guerra, entraba el buque en el arsenal y la tripulacion era licenciada, sin necesidad de proseguir en la paz los gastos de la guerra. Bilio refiere (12) que los nobles milaneses ofrecieron á Felipe Maria mantenerle diez mil caballos y otros tantos infantes si les dejaba administrar los caudales públicos sin que los cortesanos ni los favoritos se mezclaran en ello. Segun Cristóbal Landino (13) y Varchi (14), Florencia gastó sólo en guerras desde 1377 á 1406, once millones y medio de florines de oro, de á ciento cada libra, todos procedentes de tributos pagados por ciudadanos particulares, setenta y siete casas pagaron de 1430 á 1453 en clase de contribucion extraordinaria, 4.875,000 florines y la república de 1527 á 1530, recaudó tam-

(10) COMMINES (L. VII, c. 3) dice: *Et de ce qui contient ceste duché (de Milan), je ne veiz jamais la plus belle piece de terre, ni de la grant valeur. Car quant le seigneur se contenteroit de 500,000 ducats l'an les subjects ne seroient que trop riches, et vivroit le dict seigneur en bonne sureté, mais il ne leve 650,000 ou 700,000 qui est grant tgrannie.*

(11) Libro V hácia el fin.

(12) *Vida de los dux de Venecia*, pág. 963.

(13) *Apologia de los florentinos*.

(14) *Historia*, lib. IX.

bien en el concepto de extraordinarios 1.419,500 florines de oro.

Hasta los mismos tiranos y oligárquicos se esforzaban á fin de que su pais prosperara, tanto por la ventaja que de esto les resultaba, como por rivalizar con sus vecinos y disimular su servidumbre. Francisco Esforcia hacia abrir el canal de la Martesana, y construir el hospital de Milan; Juan Galeazo se atrevia á comenzar la catedral así como la Cartuja de Pavia: los Médicis, los Pitti, los Strozzi se immortalizaron por la elegante magnificencia de sus edificios. Génova y Venecia presentan por todas partes espaciosos palacios construidos en aquel tiempo. La comodidad pública se halla atestiguada más todavía que por estos grandes trabajos, por la elegancia general de las habitaciones. Con efecto, si al otro lado de los Alpes el palacio y la catedral son una escepcion en medio de innobles grupos de casas, en Italia las calles tiradas á cordel, los edificios levantados con sujecion á un plan fijo, los circos, los paseos, indican que habia allí por una parte las órdenes de un rey, y por otra el trabajo de una nacion.

El testimonio unánime de los cronistas y los reglamentos suntuarios dan fe de un acrecentamiento particular del lujo y de las comodidades de la vida (15). Fray Francisco Pippino se explicaba de éste modo en el año 1313: «A la sazón la parsimonia se ha convertido en magnificencia: los vestidos son de una materia y de un trabajo esquisitos: donde quiera se vé el oro, la plata, las piedras preciosas, los bordados. No faltan los objetos que más halagan al paladar, hay vinos extranjeros, delicados manjares, escelentes cocineros: trasforma cada cual en dios su vientre.» Más tarde, es decir, el año de 1338, Juan Musso decia de los placentinos lo siguiente: «Se hacen grandes gastos para el

(15) Se pueden consultar entre otros los *Statuti suntuarii circa il vestiaro delle donne*, etc., dados por el concejo de Pistoya en los años 1532 y en los años sucesivos y publicados por Sebastian Campi, en Pisa, en 1815, con aclaraciones sobre el lujo y las costumbres de su patria en aquel tiempo.

Dos estatutos suntuarios acerca del vestido de los hombres y de las mujeres, dados antes del año 1322 por el concejo de Perusa. Perusa, 1821.

Un estatuto florentino del 24 de marzo de 1299 dice: *Si qua mulier voluerit portare in capite aliquod ornamentum auri vel argenti vel lapidum preciosorum, vel etiam contrafactorum vel perlarum teneatur solvere Comuni flor, pro quolibet anno 50 libr. f. p.; salvo, quod possit quelibet domina, si sibi placuerit, portare aurum filatum vel argentum filatum usque in valorem libr. 3 ad plus.—Et si qua mulier voluerit defferre ad mantellum fregiaturam auri vel argenti vel serici texti cum auro vel argento, vel scanellos aureos vel argenteos vel perlas, teneatur solvere Comuni flor, libr. 50 f. p. pro quolibet anno.—Et si qua mulier voluerit portare aliquod ornamentum perlarum in aliqua alia parte vestimentorum sui corporis, teneatur solvere dicto Comuni flor. libr. 50 p. f. pro quolibet anno.* En el archivo de las reformas.

alimento y los vestidos. Usan las damas largos y anchos ropajes de terciopelo, de seda dorada, de hoja de oro, de lana escarlata ó violeta, y por un manto con mangas de esta clase se dan 25 florines ó 70 ducados de oro. Las mangas tienen suficiente tela para cubrir la mitad de la mano, y tan largo es el manto que arrastra por el suelo, y encima tiene cinco onzas de perlas que valen 10 florines cada una: gástanse además grandes cintas de oro en figura de lazo, pequeñas capuchas guarnecidas de pedreria, grandes cinturones de plata y de perlas, y muchos anillos. Llevan tambien *ciprianas*, ropajes anchos por abajo y ajustados por arriba, que muestran el seno. En la cabeza usan coronas ó trenzas de perlas y de margaritas en el cuello, sargas de coral ó de ámbar y velos de seda. Hasta las viudas tienen tales adornos, sólo que son de color oscuro, sin oro ni perlas, y hacen uso de capuchas negras ó de velos blancos. Los jóvenes gastan gabanes largos con pieles de terciopelo, paño ó seda, del valor de 20 á 30 florines; á la par que otros los tienen tan cortos que apenas les cubren las caderas. Van calzados con zapatos blancos, cuyas puntas tienen de largo tres pulgadas: usan collares de plata sobredorada con coral y perlas; llevan afeitada la barba y formando círculo los cabellos. Los más ricos tienen caballos, algunos hasta cinco con sirvientes que les cuestan doce florines al año, además del alimento. Prodigan el dinero en festines nupciales, donde abundan especialmente los buenos vinos blancos y tintos y las golosinas de azúcar. Compónese el primer servicio de dos capones, ó de un capon y un buen trozo de vaca con almendras, azúcar y otras buenas especias; vienen después las carnes asadas, á saber: pollos, faisanes, perdices, liebres, luego tortas y leche cuajada con azúcar, y por último las frutas (*fluges*). Después de haberse lavado las manos en un aguamanil de bronce, empiezan á beber de nuevo; se sirven á continuacion dulces y otra vez se bebe. En invierno cenan con gelatinas de caza, y después con pollos, vaca, patos, segun el tiempo, y frutas. El segundo día se sirven empanadas con azafran y queso, pasas y especias, después vaca y verduras. En cuaresma dan de beber, luego dulces, higos y almendras. Vienen enseguida los buenos pescados y la sopa de arroz con leche de almendras, azúcar y especias; anguilas, salsas, sollos sazonados con vinagre y especias, y especialmente con mostaza, nueces y otras frutas. Tienen hermosas casas con aposentos, galerias, patios, pozos, jardines, graneros y muchas chimeneas. Como antes no habia chimeneas se encendia la lumbre en medio de la casa. Al presente no sabrian pasarse sin vino.»

Los hombres públicos y los príncipes rivalizaban en magnificencia en las ocasiones solemnes, como fiestas, recepciones de reyes, regocijos para celebrar victorias. Entonces se tenian las mesas francas á donde llegaban los caballeros á romper lanzas y á merecer en recompensa de su valor los aplausos de los valientes y los suspiros de las her-

mosas. Acudian los hombres del pueblo á sentarse á las mesas, donde todos eran acogidos urbanamente y donde abundaba el vino, que hasta brotaba á veces de fuentes artificiales. Para el recibimiento de algun príncipe, se desplegaba una gran pompa de preciosos y variados trajes; habia danzas de mujeres, músicas, aparatos magníficos, alfombras y pieles riquísimas tendidas en las calles formando festones con profusion de brazaletes, anillos, broches, diademas, collares de pedreria, cortinajes de púrpura, manteles y otros lienzo tejidos de oro, velas de seda, palios dorados y competencias, tanto a pié como á caballo.

Ya hemos hecho mencion de alguna de estas fiestas y comparsas. En el matrimonio de Galeazo con Beatriz de Este, la mujer de Mateo Visconti mandó hacer vestidos nuevos á mil personas. Uno de los más espléndidos viajes fué el que hizo á Venecia Isabel Fieschi, mujer de Luchino Visconti, para cumplir allí un voto y asistir á la solemnidad de la Ascension. Fueron enviados diputados de todas las ciudades del territorio para felicitarla, sin contar las damas, los señores y los deudos, con una inmensa multitud de ayudas de cámara y de palafreneros. Pasó de ciudad en ciudad seguida de esta comitiva, recibida en todas partes á competencia en medio de brillantes regocijos. Pero el verdadero objeto de este viaje era entregarse libremente á sus amores; y como fué muy bien imitada por las damas que iban en su compañía, fué un escándalo en toda Italia, de tal manera, que llegó la noticia á oídos de su esposo. Amenazada por él con un severo castigo, tuvo ella buen cuidado de anticiparsele.

Quejaronse los florentinos de que la llegada de Galeazo Maria Esforcia habia introducido allí un lujo inusitado. Cuando posteriormente Juan Galeazo se casó con Isabel de Aragon, un tal Bergonzo Botta recibió á los esposos en Tortona en magnificas habitaciones, y les sirvió una comida, durante la cual se presentaron haciendo movimientos y figuras, Jason con el vellocino de oro, Apolo de pastor, Diana de cazadora, Orfeo cantando, Atalanta con el jabalí de Caledonia, Iris, Teseo, Vertumno, en una palabra, todas las divinidades de la mitología, cada cual ofreciendo los dones correspondientes á su clase: quitadas las mesas, se representó una novela, en que intervinieron personajes mixtos, históricos y alegóricos, y se acabó con un baile (16). Luego en Milan, Leonardo de Vinci dirigió las fiestas, y construyó una máquina, que figuraba el cielo con todos sus planetas, representados por divinidades, que giraba segun las leyes celestes; y en que cada uno habia un músico que entonaba las alabanzas de los nuevos esposos.

En Corio (1368) podrán verse las viandas de los diez y ocho servicios de que constó la comida

(16) TRIST. CALCHI, *Nuptie Med. Ducum*.